

Construir ciudadanía desde la cultura

Liliana López Borbón*

“Vivir es tener espacio”

J. E. Pacheco

Sabemos que los ejes de comprensión ‘redes ciudadanas’ y ‘ciudades educadoras’ parten de una elaboración discursiva entretejida por voluntades políticas, declaraciones internacionales y formas de abordaje que suponen fronteras conceptuales¹. También es necesario reconocer que no provengo de un espacio académico o político que se enmarque dentro de dichas fronteras, aunque los términos: redes, ciudadanía, ciudad y educación, nos remitan a la acción política sobre la cultura, que desde nuestra perspectiva, corresponde al que hacer del gestor cultural. En este sentido, nos proponemos abordar la cuestión de la ciudades latinoamericanas y los procesos culturales y políticos que en ella se entrecruzan, buscando establecer, si existen posibilidades y de qué tipo, desde las políticas culturales para contribuir con la democratización de nuestros países y de sus grandes urbes.

La ciudad latinoamericana: los excesos de la periferia

Para empezar, baste decir que la preocupación por las ciudades y su importancia en el devenir de las sociedades no es novedad. Las estructuras de poder se han expresado temporal y territorialmente en centros desde donde emana dicho poder. Y así como los imperios de la antigüedad encuentran su máximo correlato en Roma y aún hoy todos los caminos conducen a ella; las ciudades modernas Occidentales encontraron su correlato en Londres, París y después en Nueva York. Lo importante es que a pesar de que los Estados–nación incorporaron como expresión política del territorio grandes extensiones de tierra, que permitieron la sostenibilidad económica del proyecto modernizador, esa expresión tuvo un eje desde donde establecer, ejercer e institucionalizar el poder: la ciudad capital.

Pensar la ciudad moderna latinoamericana supone por los menos dos distinciones: una referida a la modernidad, como matriz civilizadora que encuentra su correlato en la modernidad Occidental²; otra, referida a las luchas políticas y epistemológicas propias de la modernidad latinoamericana, que se inician en el S. XIX, y se extienden al S. XX, y que

* Comunicóloga colombiana de la Universidad Javeriana, Maestra en comunicación de la FCPYS de la UNAM y Doctorante en Estudios Latinoamericanos de la misma universidad. El presente ensayo forma parte de su investigación doctoral Políticas culturales públicas urbanas en América Latina

se concentran en la configuración de las identidades nacionales y la construcción de la nación. Luchas donde se mezclaron el proyecto político y el intelectual, como elementos constitutivos de la realización misma de dicha modernidad. Como dirá Monsivais³, lo latinoamericano en su primera modernidad radicaría en un respeto devocional por la letra escrita y esa idea de Progreso, donde toda historia local es preámbulo de la 'Verdadera Historia'. Aquí, escritores de La Habana o Ciudad de México, Buenos Aires o Caracas, Santiago de Chile o Lima, veían desde fuera las culturas nacionales, para reconocerlas cotejándolas con la francesa, París fue la ciudad–concepto de nuestra matriz civilizadora.

La realización local de dicha matriz, que le dio una respectiva torción a cada nación y a cada ciudad capital, seguirá un curso relativamente establecido por múltiples autores: un proceso moderno de urbanización que surge a fines del siglo XIX con la Buenos Aires que en 1910 contaba con un millón de habitantes y una línea de metro; logra una modernización de las élites en los años 30, que se consolidó en los años 40 y 50 con el fortalecimiento de los centros de poder nacionales, dando curso al aumento de la calidad territorial de las ciudades, gracias al inicio de la consolidación de la clase media –sustento y canal del proyecto modernizador- que requería para lograr su espacio estabilizador, de la universalización de la educación primaria y secundaria, la incipiente industrialización y los primeros medios masivos de comunicación.

En los 50 se empiezan a diluir los lazos de solidaridad, incluyendo las formas tradicionales de producción de cultura –El Estado y la Iglesia- para dar paso a una sociedad compleja, donde las industrias culturales y la internacionalización de los mundos simbólicos, darán paso a la característica central de la modernidad latinoamericana: la forma como las culturas orales se introducen y se alimentan de las culturas audiovisuales⁴. Para 1960, 11 urbes del planeta rebasan los 8 millones de habitantes, población que alcanzó Nueva York en 1950; entre ellas 3 latinoamericanas: Buenos Aires, Sao Paulo y Ciudad de México. Ciudades con tasas de crecimiento desbordadas, pobreza, explotación y exclusión vigentes y una extrema heterogeneidad cultural.

La ciudad deviene caos mientras el irregular proyecto modernizador latinoamericano sufre los embates de la Guerra Fría y al compás de la Alianza para el progreso, la Doctrina de Seguridad Nacional y el intervencionismo norteamericano pos revolución cubana, se inicia con o sin dictaduras, la primera oleada de criminalización de los movimientos sociales⁵. Son tiempos de exclusión del proyecto modernizador de extensas capas de la población, que hasta hoy quedan relativamente desvinculadas de la modernidad. En los 80s nuestras ciudades empiezan un proceso de acelerada

pauperización del espacio físico y simbólico. Procesos acelerados por una institucionalidad vigente que no puede atender las deficiencias estructurales de la vida urbana; tanto por el saldo rojo de la cartera pública sostenida en un clientilismo corporativo que deja rezagos por doquier, como por una transnacionalización de la cultura que alimentada en monopolios regionales: Televisa, Venevisión y O Globo, entrega espacios simbólicos fundamentales a la industria cultural norteamericana. En resumen el ocaso del proyecto urbano como aspiración política, económica y social.

La deuda externa afectó la inversión urbana y las grandes obras de infraestructura, que en las dos décadas anteriores habían sido síntoma cuando no sinónimo de modernidad, se detuvieron. Ya para 1995, América latina era un continente urbano, de sus 478 millones de habitantes, 351 millones, el 73.4% de su población habita en ciudades⁶. Ciudades exceso no sólo por la explosión demográfica y la continua migración, sino también por el desbordamiento de los cinturones de miseria, el desempleo, el aumento vertiginoso de la economía informal, la inseguridad, la violencia; las difíciles condiciones medioambientales; las contradicciones cotidianas en los desplazamientos, y en particular, la crisis que define hoy a la ciudad latinoamericana, que no deja espacio para convertirla en esa aspiración de polis griega a la que remite el término "ciudad educadora".

Más allá o más acá de la fascinación académica y política por la ciudad crisol, por lo pluri, lo multi, lo trans y todos los demás prefijos propios del paradigma de lo post, la matriz modernizadora y sus realizaciones locales, no sólo muestran una disparidad de formas de habitar y pensar la ciudad, sino un agudo proceso de exclusión y segregación social, espacial y cultural, que convierten al espacio urbano latinoamericano actual en un territorio del desencanto⁷. Contexto en el cual, a medida que el proyecto neoliberal se profundiza, los espacios de habitabilidad quedan en manos del *laisser-faire* y las fuerzas del mercado, mientras el componente estructurante de lo público estatal pierde terreno, en un mundo donde se globalizan las élites, se aprende a globalizar las resistencias, y millones quedan fuera del proceso globalizador⁸.

La primera ciudad global: el optimismo generalizado

Con la Caída del Muro de Berlín, el optimismo no se hizo esperar: no sólo llegó el Fin de la Historia como Fin de la Utopía Comunista, llegó también la democracia como sistema político asimilado al libre mercado, y a la transición democrática de nuestros países: transitaríamos del autoritarismo al sueño de la libertad. Convertidos en ciudadanos

cosmopolitas (no Kantianos) nos ofrecieron avances tecnológicos que permanecieron en reserva al final de la Guerra Fría: televisión satelital, fibra óptica, telefonía celular, y por fin, pudimos ver una guerra, la del Golfo, en vivo y en directo: el globo devino instante.

Fueron 5 años de encantamiento global (de 1989 a 1994), tecnológico, democrático y hasta académico. Con el advenimiento de un mundo sin fronteras, todos accederíamos a la Modernidad: a la vuelta estaban Nueva York, Chicago, Los Ángeles, seríamos parte de la Historia. Son los años del renacimiento del término 'Ciudad Global', usado en 1986 por J. Friedmann, para describir a Nueva York, Londres y Tokio, como ciudades que concentraban los movimientos financieros mundiales, y por ende, marcaban la pauta de los mercados internacionales. Un término que se ha tornado advenedizo, ninguna ciudad del centro quiere ser descartada, las de la periferia se sienten orgullosas cuando las incluyen en los cientos de listas y clasificaciones que banqueros, empresarios, supranacionales y académicos se toman el trabajo de estructurar.

A comienzos de los 90, antes del derrumbe de las finanzas públicas globales, una ciudad era global, según el grado de vinculación con el sector financiero mundial, la densidad de dicha vinculación y la infraestructura propia para fines financieros o de conectividad. Estos primeros datos se sofisticaron tanto que desde nuestra perspectiva desbordan los propósitos, académicos y políticos, con los cuales se estudian las ciudades hoy. Digamos por ahora que esta primera ciudad global, hecha de conexiones de fibra óptica o vía satélite, la que contenía el mundo entero dentro de sí, se fue resquebrajando como las economías globales y los sueños del primer mundo.

Reterritorializar la problemática: de la ciudad global, a la ciudad globalizada

Tres asuntos constituyen la ciudad global: economía, conectividad e infraestructura. Al ascenso de una clase global de ejecutivos que van por el mundo invirtiendo capitales e introduciendo en la lógica correspondiente lo que tocan, le siguen cientos de académicos de las más variadas latitudes documentándolos. Como dice Z. Bauman si a la sociedad del orden le correspondía el panóptico, a nuestras sociedades les queda el sinóptico: observamos en la TV, una y otra vez la vida que jamás tendremos: la de los Globales⁹.

Más que respuestas lo que tenemos sobre la matriz de pensamiento que acompaña a la 'Ciudad Global' son sospechas. Vimos derrumbarse las torres, el metro y los incunables de Bagdad; vemos también la globalización contrahegemónica, los foros, las marchas, las luchas. Vemos cómo en América Latina la teledemocracia va dejando sin discurso a la transición, mientras miles, cuando no millones huyen de nuestros países por

la violencia, la miseria, la falta de sociedad, de tejido, de construcción de colectividad y de espacios, no de representación política, sino de participación económica.

Vemos ascender izquierdas al poder que no pueden manejar el proyecto económico como parte del proyecto político, y en las ciudades, vemos cómo esas mismas izquierdas nos hablan desde el balcón sobre lo que significa 'la cultura', una rápida mirada que no puedo fácilmente entrar a describir, mostraría cómo en Sao Paulo, Bogotá y Ciudad de México, la llegada de la izquierda al poder o su permanencia, no necesariamente ha democratizado ni multiplicado los circuitos culturales.

Amplío mis sospechas con un ensayo del académico norteamericano G. Yúdice (2002), quien nos habla de Miami como la máxima expresión de la globalización latinoamericana. Su apuesta es interesante y la argumentación parece sólida: economía, conectividad e infraestructura. Salvo que algo hace ruido: ¿Miami puede contener Latinoamérica? Tal vez sí, cuando vemos en E! TV cómo Telemundo hace telenovelas buscando un 'lenguaje común latinoamericano', los ejemplos son múltiples; sólo queremos preguntar por la otra Latinoamérica, la que habita en ciudades que sí pueden ser capitales culturales del continente: México, Sao Paulo y Buenos Aires. Consideramos urgente reterritorializar la problemática, y por los menos, iniciar un camino de vuelta al continente. Más que en ciudades globales, habitamos en ciudades precariamente globalizadas, que resumen para menos del 20% de su población la ciudad global. Si Nueva York se llama a sí misma la capital del miedo ¿por qué nosotros no podemos describir nuestras ciudades? García Canclini ya la ha llamado la ciudad prohibida.

Ciudadanos sin Ciudad, Ciudades sin ciudadanos

La ciudad, ese territorio políticamente delimitado, estructuralmente mediatizado e interconectado, actualizado cotidianamente por quienes lo habitan, es a la vez, un espacio inabarcable desde lo político, comunicativo y cultural. Pero no es esto lo que diferencia la ciudad Latinoamérica de hoy con otras capitales del mundo, en particular de la ciudad europea con la que se compara y establece sus correlatos. Recordamos que en el debate de Barcelona (1996) sobre ciudad e inmigración, López Garrido mencionó que así como la pobreza era el fenómeno social que caracterizó la sociedad preindustrial del S. XIX, y la explotación se asocia a la sociedad industrial del S. XX; será la exclusión la dinámica propia de la sociedad posindustrial¹⁰. Baste decir que en nuestras ciudades ninguna de estas dinámicas: pobreza, explotación y exclusión, pueden ser delimitadas temporalmente.

Y así como la estructuración económica, social, cultural y política de la ciudad latinoamericana está signada por la precariedad y la superposición de proyectos modernizadores inacabados; la ciudadanía como estatus, como ejercicio y como proceso no encuentra en la ciudad un contexto estabilizador de la cultura política¹¹. Parece oportuno anotar con Mouffe¹², que el excesivo énfasis de los liberales en el ejercicio de los derechos en detrimento del cumplimiento de los deberes propios de la ciudadanía, nos han ido dejando una especie de ciudadano del reclamo y una institucionalidad vigente que convirtió la democracia en una simple transacción de votos y en un espectáculo cínico¹³.

Nos enfrentamos con una doble paradoja. Por un lado, una esfera pública delgada y enmarañada que convive con la pauperización de la ciudadanía, reducida al voto y el reclamo y sitiada por el aumento del énfasis en la inseguridad pública –no en la economía urbana- que criminaliza los movimientos sociales y la pobreza. Por otra, la ciudad física, social, imaginaria y política, que no se constituyen como correlatos de las posibilidades de la convivencia y el pacto social, al contrario, la ciudad choca con la habitabilidad y las estrategias de la sobrevivencia la desbordan. Aquí es donde la retórica de la participación se estrella con una realidad insostenible económicamente, que construye desde la institucionalidad pública la ciudadanía del espectáculo y de la asistencia.

El ciudadano espectador se pasea por complejos comerciales y ve gratis; comparte plazas y parques convertidos en escenarios gracias a políticas públicas que sin democratizar canales para productores y creadores locales, aumentan espacios de diversión posibilitando lo que la institucionalidad vigente de la cultura considera apropiado para ‘educar’ a las masas. El ciudadano asistido recibe dinero a cuenta de la deuda pública por ocupar una identidad: madre soltera, discapacitado o adulto en plenitud, nunca será lo mismo ser desempleado en América Latina que en Europa o en Estados Unidos. Los asistidos aseguran popularidad a los políticos. Eso, sin contar institucionalidades construidas en los 80s para asistir jóvenes y mujeres, dedicadas a ciudadanizar y reconocer diferencias culturales, proyectos importantes, salvo que el 70% de la población del continente es joven y el 52% son mujeres.

Espectadores o asistidos. La ciudad sinóptico de la televisión diaria: el miedo de todos y la grandeza de los globales, no basta para tener la ciudad y la ciudadanía esperadas. Tal vez, la ciudad latinoamericana nunca fue el espacio estabilizador requerido y suficiente para el desarrollo y la construcción de una ciudadanía plena. Tal vez, los ciudadanos que habitaron y hoy habitan nuestras ciudades no han ejercido su derecho y su deber de hacer de la ciudad un territorio para la vida.

La ciudad como territorio simbólico

Con anterioridad nos hemos aproximado a la ciudad como un territorio simbólico en permanente construcción donde se reúnen culturas, saberes, técnicas, tradiciones y modernidades. Concepto desarrollado a partir a la etimología de simbolizar –sum balliem- que se refiere a reunir lo que está separado, a todo aquello que puede reunir a los hombres a través del espacio para crear territorio y construir voluntad de futuro¹⁴.

A partir de aquí realizamos una distinción, siguiendo las escuelas contemporáneas de geografía urbana, en particular, al marxista norteamericano David Harvey¹⁵, entre espacio, lugar y territorio: donde el primero atiende a cualquier extensión indefinida que contiene todo lo existente; el segundo, el lugar, corresponde a una parte determinada del espacio al que se le otorga sentido social y de manera provisional; y el último, el territorio, como aquel lugar que depende de un Estado, es decir, está políticamente delimitado y quienes lo habitan dejan marcas de su propia identidad.

En este orden de ideas, podemos apostar, que el territorio es la intersección compleja e inacabada de política y cultura, de una serie de normas de convivencia y arreglos formales entre los actores sociales, las institucionalidades vigentes y las formas de ocupar el espacio (la ciudadanía), entendida menos como la expresión de la racionalidad Habermasiana y más como un proceso de ‘cruces’ y ‘fracturas’ que se estructuran –entran en negociación o no, en contradicción o no- con el ordenamiento de la vida cotidiana de los habitantes de dicho territorio¹⁶; quienes a su vez, ejercen sus identidades y expresan formas divergentes de vivir juntos, posibilitando la consolidación débil o fuerte del espacio público.

Políticas culturales públicas urbanas

Actualmente la reflexión sobre políticas culturales ha hecho coincidir su agenda de preocupaciones con la de la UNESCO¹⁷, dándole prioridad tanto a la integración regional y las industrias culturales, como a la importancia que la cultura adquiere en los procesos de desarrollo. Una agenda que busca responder a la profundización de las problemáticas que ha dejado la aplicación del modelo neoliberal como la intensificación de los intercambios comunicativos y culturales, del proceso de globalización hegemónica¹⁸. Pero quedan cuestiones que resolver, si tenemos en cuenta que el campo que se configuró en América Latina sobre las políticas culturales, fija desde mediados de los 80 su comprensión como aquella intervención deliberada que en el campo de la cultura realizan el Estado, las

asociaciones civiles, las comunidades y las industrias culturales con el propósito de propiciar algún tipo de consenso, generar desarrollo simbólico o participar en el mercado¹⁹.

Un primer asunto sobre el que queremos llamar la atención es el verbo que está en juego: INTERVENIR ¿Es posible la intervención cultural? ¿No supone o pre-supone siempre el campo cultural un proceso de construcción? Aquí prevalece una visión instrumental de la política y de la cultura. Si revisamos el desarrollo del concepto, encontramos un lenguaje que no le otorga a la política el espacio de la construcción no sólo de los sentidos públicos, sino también de los propósitos y los espacios concretos donde esos propósitos se realizan; y que podrían proveer a la política cultural de lo que Martín Barbero considera central: “su capacidad para representar el vínculo entre los ciudadanos, el sentimiento de pertenencia a una comunidad”²⁰.

Desde nuestra perspectiva, una política como la cultural, cuyo eje es la posibilidad de representar el vínculo entre sujetos y el sentido de pertenencia; es también una política comprendida desde lo colectivo; como señala Bauman: el arte de la política consiste en hacer libres a los ciudadanos para permitirles establecer, individual y colectivamente, sus propios límites, porque la libertad individual sólo puede ser producto del trabajo colectivo, sólo puede ser garantizada colectivamente²¹. En este contexto, las políticas culturales públicas no sólo comprenden la ciudadanía y la identidad como procesos inacabados y en permanente producción, sino que –siguiendo a Rorty²²- se responsabilizan de la construcción de escenarios políticos concretos, donde los miembros de una sociedad tienen la capacidad para narrarse a sí mismos una historia acerca del modo en que las cosas podrían marchar mejor y construir colectivamente, los caminos para que esa historia se haga posible. Esta visión posibilita su comprensión como un proceso de construcción pública del sentido de la colectividad, apelando a aquello que la constituye: los discursos de las culturas y su puesta en horizonte social; es decir, los escenarios concretos donde las culturas dirimen sus diferencias y se plantean formas del habitar y del vivir colectivamente.

Como apuesta central, consideramos que la ciudad puede comprenderse como un territorio simbólico en permanente construcción, y que, construir la ciudad desde los procesos culturales que en ella se entrecruzan nos conduce por lo menos a 3 dispositivos a través de los cuales se le asigna sentido a la vida urbana: 1) la vida cotidiana con sus rutinas de desplazamiento y uso propio –o impropio- del espacio físico de la ciudad, que incluyen los lugares donde día a día se relata la urbe: el estudio, el trabajo, la

desocupación, la espera; 2) los espacios de la ritualidad, el encuentro, la generación de la memoria colectiva y el disfrute de la urbe; y, 3) la ciudad que se lee, la que se escucha y la que se ve a través de los medios de comunicación; cuya combinación configura –bajo operación simbólica- la imagen de la ciudad que construyen quienes viven en ella. Dispositivos que, al combinarse con los ideales de habitabilidad que subyacen a las diferentes clases sociales y los valores que le asignan a la vida urbana, influyen en la configuración del espacio simbólico y material de la ciudad, y por ende, son decisivas para la formulación de políticas culturales.

Como sugiere Harvey, al introducir las problemáticas asociadas a la colectividad y la cultura, lo que está en juego es la producción de espacios –y en último término, la construcción de territorios- donde confluye la relación entre procesos de identificación, normas de pertenencia e inserción en un marco político más amplio²³. Argumento vinculado con la importancia que cobra la formación de colectividades en la generación de entornos estables para la acción política, localizada o a escala. Nos referimos a la gestión del territorio y su relación con la gestión de la convivencia y de las identidades, lo que nos permitiría asumir la cuestión de las políticas culturales como un asunto de cultura política, y en último término, un factor estructurante de la construcción de ciudadanía.

En este contexto, los ciudadanos no sólo tienen derecho a la ciudad, sino que deben apropiarse de las reglas mínimas de convivencia que rigen la vida urbana (la urbanidad sine qua non), asumiendo la responsabilidad sobre sus acciones cotidianas en los lugares privados, semi-privados y públicos; reconociendo que sus acciones afectan la vida en comunidad, y que por ende, son ellos mismos quienes además tienen el deber de construir la ciudad²⁴. Por esto ese diálogo entre lo colectivo, lo comunitario, lo gubernamental y lo privado, que constituye este tipo de políticas, no sólo enfatiza en los derechos culturales y garantiza el ejercicio de la identidad, la autonomía y el territorio; sino fortalece las virtudes cívicas y la construcción de una ciudadanía activa²⁵.

Aquí el ejercicio de los derechos –la ciudadanía, en su sentido amplio- se entrelaza directamente con el cumplimiento de los deberes individuales en el lugar donde la vida se desenvuelve, para garantizar de esta forma la convivencia por medio del trabajo colectivo. Tal vez el arte, la estética y la construcción de territorios simbólicos provisionales para la emergencia de las identidades y la generación de la memoria colectiva, puedan ser mecanismos idóneos para gestionar la ciudadanía, y por esta vía, convertir a las ciudades en laboratorios de la convivencia. Las culturas urbanas nos imponen el reto y quizá contienen algunas de las salidas para que los sujetos sociales,

como señala Zemelman, elaboren, impulsen y sostengan proyectos de sociedad. Baste decir que una ciudad donde es posible encontrarse, disfrutar, soñar y refundar el territorio, puede convertirse paulatinamente en un lugar para la vida.

Hacemos referencia a la Declaración de Barcelona de 1990 y a la Carta de Ciudades Educadoras suscrita por las ciudades miembro de la Asociación del mismo nombre, en 1994. Asimismo, a la correlación que autores de las más variadas latitudes establecen entre redes ciudadanas y la expansión y uso de la Internet.

² R. Ortiz, Otro territorio, Ensayos sobre el mundo contemporáneo, CAB, Bogotá, pp. 9ss.

³ C. Monsivais, Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina, Anagrama, Barcelona, 2000.

⁴ J. Martín Barbero, De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía, Gustavo Gili, México, 1995.

⁵ Sobre criminalización de los movimientos sociales ver: Z. Bauman, La modernidad y sus descontentos, Barcelona, Akal, 1997; ensayos 3 y 4.

⁶ Datos consolidados sobre urbanización y metropolización en América Latina, en la página:

<http://habitat.aq.upm.es/iah/capal/a003.html>

⁷ Sobre la modernidad y sus realizaciones locales, ver: R. Ortiz, Otro territorio, CAB, Bogotá, 1998. Ver también Revista Metapolítica, 29, México DF, mayo–junio 2003; especialmente la entrevista realizada a Néstor García Canclini, pp. 25–34.

⁸ Sobre el *laissez-faire* y su influencia en el espectro urbano, ver: Dupont, Dureau, et. al. *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Alfa omega, Fedesarrollo, Bogotá, 2003. Sobre globalización: Z. Bauman, *La globalización, consecuencias humanas*, FCE, México DF, 1999; especialmente los capítulos 2 y 3.

⁹ Ver: Z. Bauman, *La globalización, consecuencias humanas*, FCE, México, 2001, en particular el capítulo V.

¹⁰ Citado por Juan Soler Amigó "La apuesta por la ciudad educadora", en: <http://lafactoriaweb.com/articulos/soler7.htm>

¹¹ Sobre el tema de contexto estabilizador ver: E. Goffman, *Comportamiento en lugares públicos*, Madrid, Alianza, 1984. Con respecto a los debates sobre cultura política: G. Almond y S. Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press; Marshall, *Ciudadanía y Clase social*, Chicago, 1950; R.D. Putman, *Making democracy work. Civil traditions in modern Italy*, Princeton University Press.

¹² Ver: Ch. Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*, Paidós, Barcelona, 1999; especialmente el capítulo 9.

¹³ Ver: N. Postman, *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del 'show business'*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1991.

¹⁴ Sobre el concepto de simbolizar ver: R. Debray, *Introducción a la mediología*, Paidós, Barcelona, 179, 2001.

¹⁵ D. Harvey, *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid, 2003. especialmente los capítulos 2 al 6.

¹⁶ R. Winocur basada en O. Landi, 2001

¹⁷ Ver entre otros: el "Preámbulo" de la Declaración de México. Conferencia Mundial sobre las políticas Culturales, México, UNESCO, 26 de julio–6 de agosto, 1982; *Nuestra diversidad creativa. Informe de la comisión mundial de cultura y desarrollo*, UNESCO, México, 1996; B. Kliksberg y L. Tomassini (comp.), *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*, BID–FCE, México, 2000; N. García Canclini y C. J. Moneta, *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, UNESCO–Grijalbo–SELA, 1999; N. García Canclini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*, Paidós, México, 2002, en especial la parte cuatro; J. Martín Barbero, *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, FCE, Santiago de Chile, 2002, el capítulo II, de la Segunda Parte; G. Yúdice, *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Gedisa, Barcelona, 2002; y, el artículo de: E. Nivón Bolán y A. Rosas Mantecón, "La política cultural del Gobierno del Distrito Federal 1997 – 2000. Notas para un balance".

¹⁸ Sobre globalización hegemónica y contrahegemónica, ver: B. De Sousa Santos, *De la mano de Alicia*, Siglo del Hombre Ed.–Uniaandes, Bogotá, 1998.

¹⁹ N. García Canclini, *Políticas culturales en América latina*, Grijalbo, México, 1987, p. 26. Una definición muy similar se encuentra en: J. J. Brunner, *América latina: cultura y modernidad*, Grijalbo, México, 1992.

²⁰ Op. Cit. J. Martín Barbero, *Oficio de cartógrafo*, p. 298.

²¹ Z. Bauman, *En busca de la política*, FCE, México, 2002; especialmente la introducción y el capítulo tres. *Cursivas del original*.

²² Citado en B. Arditi, "El reverso de la diferencia"; en: B. Arditi (ed.) *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Caracas, Nueva sociedad, 2000, pp. 99–124.

²³ David Harvey (2003) *Espacios de esperanza*, Akal, Madrid.

²⁴ Nos referimos al uso y disfrute adecuados del espacio físico de la ciudad y las normativas que en su mayoría se encuentran expresadas en los códigos civiles.

²⁵ Sobre virtudes cívicas, ver: W. Kymlicka y N. Wayne (1994), Kymlicka (2001) y Mouffe (1992), especialmente el segundo capítulo.

Tomado de:

[http://vinculacion.conaculta.gob.mx/capacitacioncultural/b_virtual/tercer/11.pdf#search="Construir%20ciudadanía%20desde%20la%20cultura"](http://vinculacion.conaculta.gob.mx/capacitacioncultural/b_virtual/tercer/11.pdf#search=)

